



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13533

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 150 ptas. Tres meses, 450 id. — EXTRANJERO: Tres meses, 10 id. — La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. — La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

VIERNES 28 DE DICIEMBRE DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico a la entrega de cada ejemplar. — Correo postal en París, Mr. A. Lippert, 14, rue Rougemont. — Mr. J. Jones, 31, Faubourg Montmartre.

PARA "EL ECO DE CARTAGENA,"

EJEMPLOS QUE IMITAR

Constitución de la pequeña propiedad

El engrandecimiento agrícola de los Estados Unidos, es debido en gran parte a la acertada aplicación de sus sabias leyes.

En aquel país se tiene como máxima el principio de prestar ayuda en trabajo a las clases menesterosas y limitar a lo estrictamente necesario las ayudas en dinero. Crean con razón los norteamericanos que la limosna fomenta la pereza y el abandono del esfuerzo personal, y en cambio se estimula a trabajar a todo obrero válido que se encuentra momentáneamente sin ocupación. En aquel país se hace del cultivo del campo un sistema de socorros para los ancianos, para los enfermos, para los infortunados, que la industria intensa rehusa ocupar. Estas no son oficinas de caridad, sino empresas en las que se les dice a cada cual «ayúdate».

En el país, alrededor de las ciudades existen colonias agrícolas especiales destinadas a cultivos determinados. En estas colonias cada familia posee una pequeña heredad, en la que cultiva el producto que elabora la fábrica cooperativa establecida en el centro de su misma colonia. Así existen colonias destinadas a cultivar plantas oleaginosas, cuyo producto entregan en cada estación los agricultores a la fábrica cooperativa para ser transformadas en aceite.

La fábrica, al recibir el producto anticipa a los productores un tanto por ciento del valor del oleaginoso, y una vez vendido el aceite, reparte entre los productores el beneficio líquido obtenido en la venta.

Otras sociedades se establecieron con el fin de comprar productos agrícolas, joyas y entregar lotes a precio de costo a los obreros rurales, para que sean explotados cooperativamente. De esta manera organizan cooperativamente la producción, la venta y la exportación de sus productos.

Otras colonias se ocupan en cultivar cooperativamente cierta clase de legumbres, las que entregan diariamente a la fábrica cooperativa de conservas de la colonia, la que, a su turno, anticipa a los agricultores un 5% del valor de la legumbre recibida, y reparte en seguida, entre ellos, los beneficios, una vez vendidas las conservas.

Con este sistema obtienen los agricultores por sus productos, 20 y 30 por 100 más que si los vendieran en el mercado.

Esto no hay necesidad de probarlo.

El éxito de estas empresas depende de una dirección honorable y práctica, concedida de los hombres y de los trabajos; de una dirección capaz de organizar y de dirigir las ventas, y colocada siempre sobre un terreno exclusivamente comercial y agrícola, fuera de toda preocupación política, estableciendo del modo más absoluto, desde el comienzo de su organización, la neutralidad de la agricultura y del comercio, de manera que puedan reunirse en estas empresas aun los representantes de las opiniones más opuestas.

El Gobierno de los Estados Unidos hace anticipos de semillas, de herramientas, de útiles de labranza, etc., a los pequeños propietarios bajo la condición de devolverlos.

Una ley especial, esencialmente de-

mostrática, denominada la ley «Homestead», desde hace muchos años protege la pequeña propiedad en Estados Unidos.

El «Homestead» es el dote, el patrimonio de la familia que se funda bajo la protección del Estado. En Estados Unidos, el que quiere asegurar el porvenir de los suyos, escoge una propiedad determinada, tierra y habitación, cuyo valor total no sea mayor de 2.000 dólares. Esta propiedad debe ser inscrita bajo un régimen especial; su propietario puede venderla, arrendarla, transmitirla, etc., pero no puede darla en garantía ni hipotecarla, ni tampoco nadie tiene el derecho de rematárselo contra su voluntad.

De esta manera conserva la familia un recinto inviolable, en donde el padre y los hijos pueden cerrar en paz los ojos; las mujeres y los niños encuentran así un asilo, en medio de los desastres de la vida y de los amargos reveses de la mala fortuna.

El «Homestead» en Estados Unidos ha multiplicado el número de los pequeños propietarios. Si esta ley existiese en España nos daría con el tiempo resultados a los que ha dado en Norte América, en donde está hoy día en pleno desarrollo.

El «Homestead», para producir sus efectos, exige el propietario resida en el terreno y que lo explote personalmente.

Esta ley, como es natural, ayuda también eficazmente a valorizar el territorio.

Aparte de este sistema y con el fin de generalizar las explotaciones rurales en algunas fábricas de Estados Unidos cada niño mayor de 12 años recibe un huerto de 140 metros durante dos años, y un jardinero le enseña los cultivos y le da las semillas necesarias; en cada estación les reparten primas en dinero a los más trabajadores, y los niños premiados son preferidos para todos los ascensos de la fábrica.

RASGOS

LAS PASCUAS DE ROOSEVELT

Las casitas blancas como palomas que en la Andalucía alta parecen diseminadas aquí y allá en el monte contribuyendo a la poesía del campo, no tiene nada que ver con la Casa Blanca de los yanquis.

A cada instante se oye hablar de los Estados Unidos y de su excelso presidente Mr. Roosevelt, cuyo nombre de pila es Teodoro. Este gran ciudadano de Yankilandia vive en la Casa Blanca, y ha celebrado allí, naturalmente, las Pascuas.

Pero como todos los grandes hombres ha querido asociar a sus satisfacciones a la gente que le rodea, y he aquí que los periódicos publican un telegrama de Washington diciendo como solemniza las actuales Pascuas el gran presidente de la gran República norteamericana.

«¿Qué dirán ustedes que ha hecho? Clarificar los empleados de la Casa Blanca en casados y solteros, regalando a los primeros un pavo trufado, y una medalla de oro de cinco dólares a los segundos.

Esto, en cierto modo, viene a ser un

plagio de aquellos viejos aguinaldos hispanos, simbolizados en la frase ya arcaica de: «Pavos y dinero». Gracias al telegrafo hemos sabido ese detalle interesante de la celebración de las Pascuas en la Casa Blanca.

Por acá, el obsequio del pavo es sencillo, sin pretensiones; y el volátil va a casa de los favorecidos, si no por su pie, a lo menos con plumas y moco moco de pavo, naturalmente, vivo y colando, como se dice de los peces, sean o no de colores, recién traídos del elemento líquido.

El gran Teodoro ha ido un poco más allá, y el pavo trufado que ha remitido a los empleados de la Casa Blanca, constituye en verdad un refinamiento.

Los casados pueden, con ese obsequio, llenar un hueco en su mesa familiar recordando a su presidente con gratitud extremada. Los solteros, con sus cinco duros en oro pueden divertirse o constituir con ese obsequio la base de sus ahorros.

En la Casa Blanca de Washington las Pascuas de Navidad se han celebrado bien, pero es posible, casi seguro, que se hayan celebrado mejor en otros sitios excelsos, donde esas expansiones patriarcales no han salido de los límites regulares.

Pero los norteamericanos todo lo convierten en sustancia usando el reclamo hasta en eso, y aun cuando lo que hacen no tenga mérito, lo sabe todo el mundo.

El telegrafo ha funcionado, los reporteros se han puesto en movimiento y los pavos trufados del excelso Teodoro y las moneditas de oro del gran Roosevelt, se puede decir que han dado la vuelta al mundo.

En cambio otros jefes de Estado han hecho muchísimo más y no se ha enterado nadie. Por qué? Porque celebran particularmente las Pascuas, porque huyen del «mundanal ruido» que decía el poeta, en una palabra, porque acen esas cosas sin ostentación, como simples mortales.

Roosevelt, no Roosevelt ha querido dar, como suele decirse, un buen golpe de bombo, y lo ha logrado, y ahí está, para que nadie lo tome a broma, el telegrama de Washington, en el que se da la transcendental noticia de que el primer magistrado de la República norteamericana ha regalado el pavo a sus edecanes de la Casa Blanca.

Como el tiempo todo lo borra y la ingratitud es cualidad innata del hombre, ya sea yanqui, ya europeo, no tar-



La Unión y el Fénix Español

Compañía de Seguros Reunidos

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL

42 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA. — SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA. Caridad 4, principal.

dará en desvanecerse ese rasgo de la esplendidez del presidente de la República de los Estados Unidos, que aspira, naturalmente, a la reelección.

Si lo reelegen, la gratitud será más duradera en los funcionarios de la Casa Blanca de Washington ora sean casados, ora solteros; pero si pierde la Suprema magistratura en las incidencias electorales, ¿quién se acordará del rasgo de Pascuas del excelso Roosevelt?

De cualquier modo, sea por el afán del reclamo o sencillamente como demostración de afecto hacia sus servidores de la Casa Blanca, el hecho es que Roosevelt entiende el tinglado y sabe soltar los pavos y los dólares en el instante crítico, y jande el movimiento!

Lecturas para la mujer

Modas y dimes y diretes

Continúa siendo moderno el peinado en «bandeaux», con la raya en el centro, sigue siendo cada vez más codiciado, pero también más costoso, el abrigo «de noche», hecho de seda recamada color malva, con adornos de guipur de Irlanda y tiras de piel «la-brador»; aumenta la afección por las «toilettes» de crepón de la China negro, incrustado de entredoses «chantilly», negro también, sobre fondo de raso y blanco y cintas de terciopelo negro, cada día o cada noche agrada más para «toilette du soir» la muselina de seda azul «lumiére» con bordados que figuran ramas de muérdago hechas de filigrana de plata y perlas. Y en fin, «no pasan días» por un traje de «soirée», si el traje es de crepón de seda color lila con encañas y galones de oro. Este vestido resulta siempre nuevo, siempre bonito.

Una bata de paño color tabaco con adornos de guipur «cieniciento», es una «robe de chambre» muy moderna.

Una «samaritana» de paño negro, con

chaquetita corta por delante y con aditas «postillon» por detrás. Falda no exageradamente larga, y botas de charol muy altas, con sombrero largo de fieltro negro, hechor «melón», es un traje de montar que agrada a cuantos sepan «distinguir».

Y ya que de «sport» se trata, aconsejo a las aficionadas a cazar que vistan traje de luna escocesa verde y azul, con rayas amarillas; bolero corto y abrochado a un lado; ancho cinturón de cuero negro; calzado sin tacón de piel rojiza; guante gris, de flexible castor, con la copa muy baja; alrededor de éste, una cinta verde y las alas más bien anchas y rectas.

Hablemos de otra cosa; de algo que se me figura ha de parecer a las lectoras un poquito interesante y ameno.

Cierto buen periódico parisiense, dedicado a las damas, celebra todos los años por esta época, un concurso bastante curioso. Al dar semejante paso, tal parece que se adelanta en actitud gallarda para decir, dirigiéndose a todas las mujeres: «Señoras, a defenderse!».

Se trata de que cada una exponga su parecer respecto de las frases dichas contra las mujeres por algún hombre célebre.

El primer premio destinado a la que mejor sepa defenderse y explicar-se, es de mil francos.

La frase del año pasado, si mal no recuerdo, hubo que comentar, fue la siguiente, de José De Maistre: «La mujer no puede ser superior más que como mujer, porque si quiere imitar al hombre no es sino un mono».

«¿Qué dicen ustedes a esto?», preguntaba a las lectoras la inteligente directora del periódico.

Y hacia además estas consideraciones, que lamentó tener que condensar, pero la falta de espacio así lo exige.

Empezaba por declarar que la frase es vieja (como que tiene un siglo); reconocía que algunas han creído ver en ella una reprimenda a sus modales

cha que hacia sobre la hierba del pradillo. Las otras dos eran sin duda visitas cuyas facciones no distinguían.

Pero a medida que la barquilla avanzaba, una inquietud se apoderaba de Daniel; reconocía las visitas y se preguntaba qué era lo que venían a hacer al Mesuji-Rouge. Pero Juana, saltando ligeramente sobre la hierba, gritó:

— ¡Qué sorpresa! el señor Lorin y mi padre!

Y corrió a abrazar al señor de Kionne, dirigiéndose después hacia la casa en compañía de Lorin, quien al poco rato la hacia reír a carcajadas con sus noticias de París.

Daniel quedó solo sobre la orilla, desesperado, con lágrimas en los ojos, viendo claramente que su felicidad había muerto.

Por la noche, después de la comida, Lorin se acercó a él, y con tono de superioridad, burlona le dijo:

— ¡Como pena, usted, querido! Nunca hubiera creído, al verle, que tuviera usted tales brazos... Mi gratitud por haber pagado a Juana durante toda la estación.

Y como Daniel le miraba con aire de sorpresa, dispuesto a retomar las gracias que le daba, añadió aquél en voz más baja:

— Ha de saber usted — continuó — que decididamente como la locura de que le he hablado,

algun claro en la ribeleta, descansaban charlando como dos viejos amigos.

Nunca Daniel quiso sentarse. Cuando su compañera reposaba un momento, él permanecía en pie. Había ido acobardándose a subir a los árboles, buscando nidos; y si Juana se apiadaba de la éntete de los desgraciados pequeños, volvía a trepar y los colocaba de nuevo en las ramas. La vuelta era de una gran dulzura; deteníanse bajo las bóvedas de hojas, en donde la obscuridad era completa; se saturaban de aire fresco, mientras las ramas de los sauces crujían despacio al rozar sus vestidos. El agua tranquila parecía un espejo de acero bruñido.

Y Daniel, después de prolongar cuanto le era posible el camino, se decidía por fin a dejar las islas. El río Sena se extendía entonces delante de ellos con reflejos de plata. Aún había luz natural; una luz pálida, de una melancolía dulce. Juana, sentada en el fondo de la barquilla, rozaba con la mirada la superficie del agua; el río le parecía otro cielo, en el cual los árboles se hundían con sombras más energías.

Una inmensa serenidad media las campañas; veía, no se sabía de dónde un «bataillon» de «cien» apenas perceptibles. Los horizontes se ensanchaban, ligeros y «nerviosos», como una diáfana visión que va a desvanecerse en la sombra.